gunos pasajes de la vida de San Francisco de Asís para su mismo convento, y otras comunidades poseyeron también cuadros suyos que desgraciadamente se han perdido. Sólo quedan de él en dos galerías privadas dos notabilísimos lienzos de *San Francisco en el desierto* el uno, y el otro de *San Francisco moribundo y acompañado de ángeles*[1] que denuncian un estilo varonil, resuelto, grandioso, noblemente realista y de un cierto dejo mundano. Hasta hace poco aun podía admirarse en el cubo de la escalera del ruinoso convento de franciscanos de Puebla, el magnífico *San Francisco arrebatado en un carro de fuego* del propio Becerra, que la ignorancia y la desidia han dejado perder.[2]

De los demás pintores que en la ciudad de los Ángeles figuraron, ó no quedan obras ó son estas tan escasas que es difícil formar por ellas cabal juicio de sus autores; mas si por una parte se estudian las pocas que han escapado de la venta ó de la destrucción, y si, por otra, nos atenemos á lo poco que sobre la materia se ha escrito,[3] habrá que convenir en que fueron artistas menos que medianos; fallo de que apenas quedan exceptuados José del Castillo, Miguel de Mendoza, Joaquín

mismo convento de franciscanos, donde cambió de vida, profesó é hizo las pinturas antes solicitadas, cumpliéndose lo que le había sido predicho por el fraile.

1 El primero se halla en la galería de D. Luis Bello en Puebla, y el segundo en la de D. Antonio Gutiérrez Victory de México.

2 Habiendo estado el que esto escribe el año de 1892 en el referido lugar, el capellán encargado del templo de San Francisco díjole, que el cuadro había sido vendido recientemente por su antecesor.

3 *Apuntes artísticos sobre la historia de la pintura en Puebla* por D. Bernardo Olivares. México, 1874.

Magón y Miguel Jerónimo Zendejas. En cuanto á José Luis Rodríguez Alconedo, sin vacilación puede decirse que fué artista muy aventajado.

Para el convento de franciscanos ejecutó José del Castillo en 1692, la colección de cuadros de la vida del santo de Asís, que si algo amanerados, fueron de factura fácil y de aspecto religioso. Ignórase su paradero.

Existe íntegra y en buen estado de conservación en la iglesia de la Luz, la *Vida de la Virgen*, obra de D. Miguel de Mendoza,[1] la cual muestra que su autor trataba de seguir las huellas de Villalpando, por el colorido que emplea y la manera de buscar el claroscuro. No fué grande su originalidad aunque sí el esmero para concluir sus obras. Fué indio noble cacique y por ello concediósele el tratamiento de *don* de que hacía gala por ser distinción honorífica en su época, principios del pasado siglo.

Mucha aceptación tuvo en la suya Joaquín Magón, que pintó bastante, y á quien pertenecen los grandes lienzos del *Cenáculo*, el *Lavatorio* y el *Patrocinio de la Virgen* de la sacristía de laCatedral de Puebla.[2] Obra suya fué también la colección de cuadros de la *Pasión de Cristo* del convento de carmelitas, muy celebrados por su imponente aspecto, y los del santuario de Oco-

1 En la sacristía del mismo templo de Puebla hay una *Cena* que parece del propio pincel que los cuadros de la *Vida de la Virgen*.

2 En el artículo relativo á la Catedral de Puebla del *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, se asienta que tales cuadros fueron del poblano Luis Berrueco.

tlán en Tlaxcala que representan el mismo asunto.[1] Su estilo guarda cierta analogía con el de Alcíbar.

Sin embargo de no haber estado en posesión de todos los recursos técnicos de su arte, D. Miguel Jerónimo Zendejas, que murió en 1816 á la avanzada edad de 92 años, pintaba con un no sé qué de atractivo que explica porqué fuesen bastante estimadas sus obras; con todo, abundan las malas que llevan su firma, y es que algunos pintores de inferior mérito la solicitaban para prestigiar sus trabajos, sin que de ello hiciera él escrúpulo. De lo mejor que dejó es el *Cristo en oración* que se venera en el Sagrario de Puebla, pintado según se refiere, la antevíspera de su muerte, y á cuyo semblante dió expresión conmovedora; y la colección de cuadros de la *Vida de la Virgen* que se hallan en la parroquia de Acatzingo.

Con un artista á par que soldado que militó bajo el mando de Morelos por la noble causa que éste defendiera, terminamos la serie de los pintores principales que florecieron desde los días de la conquista hasta los de las guerras de la Independencia.[2] El poblano D. Jo-

1 Dichos cuadros de una tonalidad rojiza muy desagradable, pasan á la categoría de malos.

2 Hé aquí los nombres de los pintores de quienes hemos podido tener noticia: Acuña (Cosme), Aguilera (Juan), Aguirre (Andrés Ginés), Alcalá, Alcíbar (José), Altamirano, Alvarado, Angulo (Nicolás), Arellano (Antonio F.), Arellano (José), Arenas (Bernardino), Arnaez (Ventura), Arriaga, Arrieta (Agustín), Arriola, Arteaga (Sebastián), Ballejo, Barba (Alonso), Barba Figueroa (Laurentino), Becerra (Fr. Diego), Becerra (Nicolás), Bedolla, Berrueco (Luis), Berrueco (Nicolás), Borgraf (Diego), Bravo (Nicolás), Bustos (José), Cabrera (Miguel), Calderón (Diego), Carcanio (Manuel), Cárdenas Salazar (Salvador), Carnero (Juan), Carnero (J. Rodrigo), Caro (Manuel), Caro (Mariano), Ca-

sé Luis Rodríguez Alconedo, que tal es el nombre del artista á que nos referimos, fué no sólo notable pintor, sino cincelador y botánico distinguido. Durante el des-

rranza (Miguel), Casanova, Castillo (José), Castro (José Antonio), Cifuentes (Rodrigo), Concha (Andrés), Conrado (Gaspar), Conrado (Tomás), Contreras (Reducindo), Correa (Juan), Correa (Miguel), Chacón (Pedro), Delgado (Antonio), Delgado (Manuel), Echave (Baltasar), Echave (Baltasar, hijo), Echave (Manuel), Enríquez (Nicolás), Espinosa (Miguel), Farfán de los Godos (José), Fuen Labrada (Nicolás), Gante (Sebastián), García (Manuel), Gómez (Antonio), Gómez (Mateo), Gómez Valencia (Francisco), Guiol (Ventura José), Gutiérrez (Rafael), Gutiérrez (Roberto José), Hernández (J. María), Herrera (Alonso), Herrera (Juan), Herrera (Fr. Miguel), Huerto (Mariano), Huerto (Salvador), Ibáñez (Juan Manuel), Ibarra (José), Illescas (Juan), Islas (Andrés), Juárez (José), Juárez (Luis), Lara (Gregorio), Lara (José), Loballo, León (Francisco), López (Andrés), López (Carlos Clemente), López (Cristóbal), López Calderón (Pedro), López Dávalos (Sebastián), López Guerrero (Manuel), Lobato, Luna (M.), Magón (Joaquín), Maldonado (Alejo), el P. Manuel, Martínez (Francisco), Mendoza (Miguel), Mirabat (José), Miranda, Morales (Francisco), Morlete Ruiz (Patricio), Mota (José), Ordóñez (Juan), Ordóñez (Julián), Orellana (Manuel), Osorio (Manuel), Padilla (Antonio), Paez (José), Pardo (José), Peralta (Javier), Pereyns (Simón), Pérez (Diego), Pérez (Pascual), Pérez de la Cerna, Perulero, Piedra (Pedro), Piña (Rafael), Plata (Francisco), Polo (Bernardino), Polo (Diego), Quintana (Pedro), Ramírez (Pedro), Ramírez (Francisco), Rioja (Pedro), Rodríguez (Antonio), Rodríguez (Mariano), Rodríguez (Juan), Rodríguez Alconedo (José Luis), Rodríguez Juárez (Juan), Rodríguez Juárez (Nicolás), Rua (Juan), Saenz (Juan), Salguero (Juan), Sánchez (Antonio), Sánchez (Ignacio), Sánchez Salmerón (Justo), Sandoval (Pedro), Santander (Antonio), Santiesteva, Serna, Sol (Pedro), Talavera (Cristóbal), Talavera (Pablo), Tinoco (Juan), Torres Torijano (Antonio), Valderrama (José), Valera (Luis), Vallejo (Francisco Antonio), Vázquez (Alonso), Vázquez (José M.), Vázquez (Mariano), Vega (José Joaquín), Villafañe, Villalobos, Villalpando (Carlos), Villalpando (Cristóbal), Villasana (Alonso), Villavisencio, Villegas (José), Xicotencatl, Ximeno (Rafael), Yáñez (Juan Manuel), Zárate (Alonso), Zalazar, Zendejas (Lorenzo), Zendejas (Miguel Jerónimo), Zumaya (Francisco).

tierro que sufrió en España por haberse mezclado ya en los primeros movimientos insurreccionales de 1808,[1] debió de haber adquirido los conocimientos de la pintura al pastel (que fué la que cultivó con bastante perfección), tanto porque los maestros de aquí no dieron sino insignificantes muestras de ella, cuanto por las analogías que tienen sus cuadros con el estilo del español Goya. Existen dos ejemplares de éstos en la principal iglesia de su ciudad natal, que son dos imágenes de la Virgen;[2] y en la Academia de la misma ciudad pueden verse dos arrogantes retratos, el propio suyo y el de una dama española.[3]

Ciñéronse nuestros pintores al género religioso y al de retratros, así como se habían limitado en el procedimiento á usar el del óleo, el temple, el pastel y la acuarela; que ni el medio en que se movieron, no del todo propicio al arte, ni el desarrollo que por lo mismo pudieron dar á la pintura, les permitió agotar todos los géneros y procedimientos de ella. Por excepción figuran en el décimoséptimo siglo dos paisajistas, Daza y Angulo, cuya memoria hanos transmitido Sigüenza y Góngora, pero cuyos cuadros no han llegado hasta nosotros;[4] por excepción también hiciéronse pinturas no religiosas, si bien relacionadas con el culto[5] y

1 Cinceló la corona para el príncipe de la Casa de Borbón que había de reinar en la colonia hecha nación independiente.

2 Se hallan en la sacristía de dicho templo.

3 Concedióle á Alconedo la Academia de S. Carlos el título de académico de mérito; y se dice que él fué el introductor de la violeta en México á su vuelta de Europa.

4 *Triunfo Parthémico.*

5 De esta clase fueron las pinturas alegóricas que se ejecutaban para las exequias de los reyes españoles y que eran colocadas en los túmulos

algunas vistas de calles, plazas é interiores de templos,[1] pues lo común fué que de no ser asuntos religiosos nuestros artistas sólo pintaran retratos.

Lo más importante que en este género queda, es la doble colección de efigies de los virreyes y gobernantes que tuvo la Nueva España, del Museo y Palacio Municipal y las dos de sus arzobispos, que se hallan en poder del Cabildo metropolitano.[2] La mayor parte de tales retratos no tienen la firma de sus autores y bien pudiera ser que algunos, en particular los primeros, hubiesen sido pintados en España, aunque tampoco hay razón para negar que pudieran ser debidos al pincel de

que con tal motivo se erigían en la capital del Virreinato; así como las de algunos templos, verbigracia, las del Santuario de los Remedios, que representaban *La aparición de la Virgen á los conquistadores después de la Noche Triste, Cortés derribando los ídolos del teocalli mayor, la traslación de la imagen de los Remedios á México,* etc. Á este mismo género pertenecen el *bautismo de Magiscatzin* de S. Francisco de Tlaxcala y el *Bautismo de Cuauhtemoc,* el *Castigo de los franciscanos á Cortés* y *la primera misa de Fray Bartolomé de Olmedo en Tlaxcala,* que se conservan en la iglesia de Santa Cruz Acatlán de México. Las pinturas de los Remedios fueron hechas en 1595, se quitaron en 1830 y se ignora su paradero.

1 Hemos visto dos grandes cuadros con las plazas de México y de Puebla y el exterior de sus respectivas Catedrales tal como se hallaban en el siglo pasado, el primero de los cuales perteneció á la familia Escandón; dos interiores de la Catedral de México, el de la antigua iglesia de Betlemitas que está en la Academia y algunos bodegones que se hallan en ésta misma.

2 Las dos colecciones de retratos de gobernantes que comienzan con el de Hernán Cortés y terminan con el de O'Donojú son de medio cuerpo, lo mismo que una de las de los arzobispos. La otra de éstas, de cuerpo entero, que es la mejor, la tiene el Cabildo, pero relegada en la antigua capilla de la Archicofradía del Santísimo convertida hoy en bodega.

los buenos pintores que trabajaron en México durante los siglos XVI y XVII.

No fué la pintura fomentada y estimada en la colonia por sí misma, como simple manifestación deleitosa de lo bello cual sucedió en Italia y en los demás países de Europa, sino como auxiliar del culto, habiendo tenido por fin, según lo quería el pintor Pacheco, "persuadir los hombres á la piedad y llevarlos á Dios," cuando no el de perpetuar las efigies de los grandes.

El arte, natural resultado de la civilización, aparece en aquellas sociedades que han alcanzado un alto grado de cultura y es como remate y digno coronamiento de ella, pudiéndose acertadamente juzgar de la de un pueblo por sólo el estado de sus artes; pero en la Nueva España, no obstante el estado próspero de la civilización durante los tres siglos virreinales, la pintura, la más complexa de las artes, no hubiera aparecido, ni se hubiera tampoco sostenido por tan largo tiempo, á no ser por la caudalosa corriente artística de la Madre patria que desbordándose de sus propios límites en los días del Renacimiento, llegó hasta la más predilecta de sus colonias, donde pudo tomar curso favorable merced á la buena disposición que para el arte mostraron naturales y criollos y á las exigencias del culto religioso.

Sin desconocer la originalidad que tuvieron los pintores de la escuela mexicana, no cabe negar que siguieron más ó menos de cerca las huellas de algunos grandes maestros de la Península, y que cuando las escuelas españolas estaban en su apogeo, la nuestra se levantó á su mayor altura y decayó cuando aquéllas declinaron. Juan de Joanes, Zurbarán y Murillo sucesivamente, fueron los que más predominio ejercieron, aun cuando otros artistas también tuviesen parte en la formación del estilo de los nuestros.

Descúbrense en sus obras dos sentimientos, dos tendencias y diversos estilos, según que pertenecen al siglo décimoséptimo ó al décimoctavo. Son los maestros del primero, serios, graves, fieles al estudio del natural, conocedores de los recursos del procedimiento y más que místicos, ascetas que reflejan la austeridad de la religión; al paso que los del siguiente siglo (que no se separan de los precedentes por brusca transición, sino por el intermedio de los que representan tendencias mixtas) son alegres, agraciados, apacibles, débiles á fuerza de olvidarse del modelo vivo y místicos que se complacen en los esplendores y alegrías del cielo. Común en todos fué la falta de elegancia en el grado á que las escuelas europeas llegaran; mas siempre se mostraron nobles, siempre sinceros, siempre religiosos.

¿Por ventura el haber sido casi exclusivamente religiosos los asuntos que trataron, disminuirá el mérito de su total trabajo? De ningún modo, pues difícilmente podrá hallarse asunto que en interés y belleza supere á los religiosos y que sea más digno de despertar la fantasía del artista. Estrecha relación tiene la pintura religiosa con lo ultraterreno, con el problema del *más allá*, del que, sean cuales fueren las dudas que asalten la inteligencia, siquier la dejen rendida en el árido campo del escepticismo, nunca podrá prescindir del todo, porque nunca podrá prescindir en absoluto de la creencia y de la esperanza, esas dos poderosas alas que sostienen al hombre en su paso por la vida. Todo lo que con ello

se relacione, sea filosofía, literatura ó arte, tiene que atraer al ánimo é interesarle vivamente. Si á esto se añade que en las historias de los héroes del cristianismo y en particular en la de su divino Fundador superabundan las escenas tiernas, poéticas, variadas, sorprendentes, conmovedoras en sumo grado, y capaces por lo mismo de abrir vastos horizontes al sentimiento y á la fantasía, se comprenderá cuán importante es el género religioso que ocupó á nuestros pintores, que dió motivo al mayor número de las obras de los extranjeros y que proporcionó los mejores lauros con que se enorgullecen las escuelas italiana y española, holandesa y flamenca, alemana y francesa.

Para no haberse circunscrito nuestra escuela casi exclusivamente á lo religioso, necesario habría sido que hubiese contado con otros protectores á más de los que tuvo, y de esa manera al propio tiempo se habría levantado aun á mayor altura: *Da mihi Mœcenates, non deerunt, Flacce, Marones!* Empero nuestras artes ni de lejos contaron con unos Médicis ó con un Felipe IV.

De todos modos, honroso fué para aquella nación que con igual prontitud que debelaba imperios enseñaba las artes de la paz á los vencidos, el haber comunicado la bella arquitectura, la estatuaria y la pintura á su colonia, así como motivo de legítimo orgullo para ésta el no haber sido tierra estéril para tan noble enseñanza.

FIN.

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ